

***El 4 de mayo en Londres***  
**Federico Engels**  
**23 de mayo de 1890**

(Tomado de R. Dangeville (edit.), Marx y Engels, *El sindicalismo*, Tomo 1, Laia Editorial – Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 1976, páginas 276-285; también para las notas. Publicado en *Arbeiter-Zeitung* del 23 de mayo de 1890. Hemos omitido el comienzo de este artículo en el que Engels felicita a los socialdemócratas austríacos pues ellos fueron los que celebraron con más brillantez en el continente la Fiesta del Trabajo: “¿Quién pretenderá que París no puede hacer lo que ha hecho Viena?”)

[...] Pero Viena ha sido superada por Londres el 4 de mayo. Por mi parte considero la parte más importante y la más soberbia de todas estas conmemoraciones que, el 4 de mayo,<sup>1</sup> *el proletariado inglés haya salido de un letargo invernal de 40 años y que se haya ligado de nuevo al movimiento de clase*. Para comprenderlo, es preciso evocar los hechos que precedieron al 4 de mayo.

A finales del último año, el barrio obrero más grande y miserable de la tierra (el barrio Este de Londres) entró progresivamente en el movimiento. El 1 de abril de 1889, fue el día de la creación del sindicato de los trabajadores del gas y de los peones (el Gas Workers and General Labourer's Unión) que cuenta en el momento presente con alrededor de 100.000 miembros.<sup>2</sup> Fue gracias sobre todo al impulso de este último sindicato (cuyos miembros son en buena parte empleados del gas en invierno y dockers en verano) por lo que estalló la gran huelga de los descargadores de muelles y por lo que la capa más baja de los proletarios del Este londinense se puso en movimiento. En efecto, entonces fue cuando se crearon unos sindicatos tras otros entre los obreros menos cualificados. En cuanto a los que ya existían y no hacían más que vegetar, se desarrollaron rápidamente.

No obstante, estos nuevos sindicatos difieren extraordinariamente de los antiguos. Éstos, que no comprenden más que los obreros “cualificados”, practican el exclusivismo. No admiten a los obreros que no han aprendido reglamentariamente un oficio, creando de esta suerte una situación corporativa y sustraída a la competencia. Son florecientes, y cuanto más florecientes son, más degeneran en simples cajas de enfermedad y de mutuas para ayuda con ocasión de defunciones. Son conservadores y nada quieren saber del socialismo, por lo menos mientras puedan.

En cambio, los nuevos sindicatos “no especializados” admiten a *cualquier obrero* de tal rama u oficio. Son en lo fundamental (e incluso los trabajadores del gas lo son exclusivamente) sindicatos y cajas de solidaridad, y si los trabajadores que los componen no son puros socialistas, por lo menos sólo quieren dirigentes socialistas, con exclusión de todos los demás. En realidad, la propaganda socialista ha sido muy activa durante estos últimos años en el Este de Londres y, en especial la señora de Marx-Aveling y su marido

---

<sup>1</sup> Los partidos socialistas festejaron por primera vez el 1º de mayo en 1890, conforme a la decisión del Congreso Internacional de los Obreros Socialistas de París, de julio de 1889. Su objetivo era la jornada de las ocho horas. [Ver en la serie [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\)](#) de estas mismas Edicions Internacionals Sedov: [Resolución del Primer Congreso sobre manifestación Primero de Mayo y jornada 8 horas](#). EIS]

<sup>2</sup> El Sindicato de los Trabajadores del Gas y de los Peones, fue el primer sindicato inglés de obreros no cualificados. La hija de Marx, [Eleanor](#), y su marido, Edward Aveling, desempeñaron un papel importante en la organización de este sindicato.

Edward, han descubierto desde hace cuatro años en los “clubs radicales”, integrados casi únicamente por obreros, el mejor terreno de propaganda trabajándolos con tesón y, según puede apreciarse en la actualidad, con el mayor de los éxitos.

Durante la huelga de los descargadores de muelles, la señora Aveling ha sido una de las tres señoras que se ocuparon de la distribución de las ayudas y que, a modo de agradecimiento, fueron calumniadas por el señor Hyndman, el desertor de Trafalgar Square,<sup>3</sup> porque se habían hecho pagar 3 libras esterlinas semanales por la caja de huelga. Es también, la señora Aveling la que, prácticamente sola, dirigió el invierno pasado la huelga de Silvertown<sup>4</sup> en los barrios Este y la que, en el comité del sindicato del gas, representa una sección femenina que ella ha creado.

Los trabajadores del gas habían conquistado con gran esfuerzo personal la jornada laboral de las ocho horas este otoño en Londres, pero, en los barrios del sur, la perdieron nuevamente tras una huelga desdichada, con lo que se demostraba con claridad que esta conquista no se hallaba asegurada en modo alguno en la parte norte de Londres. ¿Puede sorprender en estas condiciones, que hayan aceptado de buena gana la propuesta hecha por la señora Aveling, a saber, hacer que comience en Londres la acción propuesta por el Congreso de París a favor de la jornada de trabajo legal de las ocho horas? Juntamente con algunos grupos socialistas, los clubs radicales y los demás sindicatos del este formaron un comité central al que se encargó organizar una gran manifestación a tal fin en Hyde Park.

Como se comprobó que cualquier tentativa de celebrar la manifestación el jueves, día 1 de mayo, iba a fracasar este año forzosamente, se decidió trasladarla al domingo, día 4.

A fin de que todos los obreros londinenses pudiesen participar en ella, el comité central invitó también con toda ingenuidad a la Central Sindical de Londres. Se trata de un cuerpo de delegados de los sindicatos londinenses, y sobre todo de los sindicatos “especializados” más antiguos, cuerpo del que hasta cabe esperar que su mayoría la forman elementos antisocialistas. Pero la Central Sindical se dio cuenta de que se arriesgaba a verse rebasada por la jornada laboral de las ocho horas. Es verdad que los viejos sindicatos se pronuncian igualmente a favor de una jornada laboral de ocho horas, pero no se limitan a que la fije la ley. Por jornada de trabajo de ocho horas entienden que se pague un salario diario normal, a tanto la hora, por ocho horas, pero que se permita trabajar cada día una cantidad cualquiera de horas extraordinarias, aceptándose que se pague más cara cada una de las horas extraordinarias, digamos como una hora y media o dos horas de las normales.

Se trataba, pues, prácticamente de arrastrar la manifestación por la vía de la reivindicación de una jornada de trabajo a fijar, después de una lucha enconada, por medio de un convenio “libre”, y no de una ley del parlamento, obligatoria para todos. La Central Sindical se alió en este objetivo a la federación socialdemócrata del antes mencionado señor Hyndmann, una sociedad que alardea de ser la única iglesia que facilita la salud [“salut”, página 197 edición en francés, salvación] socialista en Inglaterra, y que, como lógica consecuencia, ha concluido una alianza de por vida con los posibilistas franceses.<sup>5</sup> Observamos que el congreso de estos últimos ha decretado por adelantado que la fiesta del

---

<sup>3</sup> Hyndman no asistió a la manifestación de masas, organizada por los socialistas ingleses el 13 de noviembre de 1887, y en la que los encuentros con la policía fueron tan violentos que este día quedó grabado en los anales del movimiento obrero inglés como el “domingo sangriento”.

<sup>4</sup> Esta huelga duró de septiembre a diciembre de 1889. La iniciaron los obreros de una fábrica de cables y de caucho. La huelga fracasó al no contar con el apoyo de los otros sindicatos.

<sup>5</sup> Los posibilistas formaron una corriente bajo la dirección de Brousse, Malon, etc., tras haberse escindido del partido obrero en 1882. Los dirigentes pusieron en marcha la teoría reformista, conforme a la cual lo posible constituía la meta de movimiento.

1 de mayo, decidida en el congreso marxista, había que considerarla como un pecado contra el Espíritu Santo. La federación socialdemócrata se hallaba, pues, también desbordada por el movimiento, y asociarse al comité central significaba colocarse bajo la dirección de los “marxistas”. Por el contrario, si la Central Sindical tomaba las riendas del asunto, y si la manifestación tenía lugar el 4, en vez del 1 de mayo, ya no se trataba en absoluto del perverso primero de mayo “marxista”, y por consiguiente se podía participar en ella. Aunque la federación socialdemócrata reclamaba en su programa la jornada *legal* de las ocho horas, se agarró regocijada del mano que le tendía la Central Sindical.

Los dos aliados, aún con todo lo extraño que pudiera parecer este montaje, montaron inmediatamente un golpe contra el comité central, golpe que en la práctica política de la burguesía inglesa no sólo se permite, sino que incluso está considerado como maniobra muy hábil, aunque los obreros europeos y americanos lo considerarían extremadamente vil. Los organizadores de manifestaciones populares en Hyde Park deben comunicar por anticipado su proyecto al ministerio de obras públicas, y ponerse de acuerdo con él sobre los detalles de organización. En una palabra, que deben pedir una autorización para que los coches que han de servir de tribuna pasen por encima de la hierba. La costumbre exige que, si se ha previsto una manifestación, no pueda tener lugar el mismo día una segunda. El comité central no había formulado todavía una petición semejante, pero apenas las organizaciones aliadas contra él se enteraron, hicieron la declaración de una manifestación el 4 de mayo en el Park, e hicieron que se les concedieran siete tribunas, todo esto a espaldas del comité central.

Procediendo así, la Central Sindical y la federación creyeron haber alquilado el Park para el día 4 de mayo y tener la victoria en el bolsillo. La primera convocó, pues, una reunión de los delegados sindicales, entre los que se hallaban también los dos delegados del comité central; tres delegados de éste, de los cuales uno de ellos era la señora Aveling, respondieron a la convocatoria. La Central Sindical mostró con ostentación que era dueña de la situación. Declaró que sólo los sindicatos podían participar en la manifestación y portar estandartes. Dicho de otra forma, quedaban excluidas las asociaciones socialistas y los clubs políticos. ¿Cómo podía manifestarse en tales condiciones también la federación socialdemócrata? Esto es lo que sigue siendo un misterio. Había redactado por adelantado las resoluciones a presentar en la reunión, y se pudo constatar que la reivindicación de la jornada de trabajo legal de las ocho horas *quedaba suprimida*. La propuesta de incluirla de nuevo no se admitió ni a discusión ni a votación. Finalmente, se negó a admitir a la señora Aveling en calidad de delegado porque no era una trabajadora manual (lo que es falso), y aunque su propio presidente, el señor Shipton, no haya trabajado con sus manos desde hace quince años.

Los obreros del comité central estaban indignados ante la mala pasada que les acababan de jugar. La manifestación parecía escapar irremediabilmente de manos de las dos organizaciones que no representan más que a muy débiles minorías de los obreros de Londres. No parecía quedar ya otro antídoto que el de ejecutar la amenaza de los trabajadores del gas: tomar al asalto las tribunas de la Central Sindical.

No obstante, Edward Aveling fue al ministerio y, a pesar del reglamento que impide que se celebren dos manifestaciones en la misma jornada, arrancó la autorización para que el comité central dispusiera también por su parte de siete tribunas en el Park. Era el fracaso de la tentativa de escamotear la manifestación en beneficio de la minoría: la Central Sindical ocultó sus uñas y se dio por contenta de poder negociar en condiciones de igualdad con el comité central sobre la ordenación de la manifestación.

Evidentemente, es necesario conocer todos estos hechos previos para darse cuenta del carácter y de la importancia de la manifestación. Promovida por los obreros de los

barrios del este, que habían vuelto a incorporarse al movimiento, la manifestación halló pronto un eco tal que los dos elementos, tan opuestos con motivo de la organización de la manifestación, se vieron obligados a aliarse a fin de atraerse la dirección y de explotar en tal sentido la manifestación. Por un lado, los sindicatos conservadores que predicaban la igualdad de derechos del capital y el trabajo, y por otro, la federación socialdemócrata de aires radicales, que en todas las ocasiones que no suponen riesgo exhibe la revolución social, se aliaron los dos con vistas a una mala jugada: constituir un capital explotando una manifestación que en el fondo deshonran.

En razón de estos incidentes, la manifestación del 4 de mayo se dividió en dos partes: por un lado, los obreros conservadores, cuyo horizonte no va más allá del sistema del salariado, flanqueados por una secta socialista raquíta, pero ávida de dominio; por otro, la gran masa de los obreros que acaban de entrar en el movimiento, que no quieren oír hablar más de teorías manchesterianas de la libre competencia de los viejos sindicatos y que se esfuerzan por conquistar a través de la lucha su emancipación plena y total, escogiendo a sus aliados y no bajo el dictado de una minúscula camarilla socialista. Por una parte, el estancamiento representado por los sindicatos, que todavía no se han liberado del espíritu corporativo, así como por una secta mezquina que se apoya en los aliados más miserables; de otra parte, el movimiento libre y vivo del proletariado inglés, que se despierta de nuevo.

En esta doble manifestación, el espectador menos advertido veía con claridad en qué lado estaba el frescor de la vida y de qué lado el estancamiento. En torno a las siete tribunas del comité central se agrupaban hasta perderse de vista las columnas de más de cien mil manifestantes atraídos por la música y los estandartes, a los que venía a sumarse una cantidad casi igual de manifestantes venidos aisladamente. En todas partes reinaba la unanimidad y el entusiasmo, a la vez que el orden y la organización.

En cambio, en las tribunas de los aliados reaccionarios todo parecía apagado. Su cortejo, mucho menos imponente que el otro, estaba mal organizado, desordenado, y retrasado hasta tal punto que según los sitios acababa de comenzarse mientras que los manifestantes del comité central habían acabado ya.

Mientras que los dirigentes liberales de ciertos clubs radicales y los funcionarios de diversos sindicatos se unieron a la Central Sindical, los miembros de estas asociaciones, e incluso cuatro secciones de la federación socialdemócrata, se fueron con el comité central. A pesar de esto, la Central Sindical cosechó un éxito apreciable, pero el comité central obtuvo un triunfo.

Pero lo que los numerosos políticos burgueses, llegados para observar, se llevaron a sus casas como impresión global es que el proletariado inglés, tras haber constituido por espacio de estos últimos cuarenta años la cola del gran partido liberal, así como su ganado electoral, se había despertado por fin a una vida y a una acción autónomas y nuevas. Ya no se podía dudar lo más mínimo: el 4 de mayo de 1890 la clase obrera inglesa se incorporó al gran ejército internacional. Es este un acontecimiento histórico que hace época.

El proletariado inglés se basa en el desarrollo industrial más avanzado, razón por la que dispone de la mayor libertad de movimiento político. Su gran letargo invernal, consecuencia por un lado del fracaso del movimiento cartista de 1838-1850, y por el otro del formidable avance industrial de 1848-1880, ha quedado interrumpido por fin. Los nietos de los viejos cartistas llegan al campo de batalla. Desde hace ocho años, unas veces aquí, otras allá, se siente entre las grandes masas. Han surgido grupos socialistas, pero ninguno de ellos ha podido superar el estadio de la secta: los agitadores y los pretendidos jefes de partido, entre los cuales se hallan también simples especuladores y ambiciosos, se quedaron todos como oficiales sin tropa. Esto recuerda casi la famosa columna de

Robert Blum, con ocasión de la campaña de Baden de 1849, formada por un coronel, once oficiales, un corneta y un simple soldado. Y en el seno de esta columna las peloterías en cuanto a la jefatura del futuro ejército proletario resultaban mucho menos que edificantes. Pero ahora todo esto pronto va a terminar como en Alemania y en Austria.

El gigantesco movimiento de masas tocará a muerto en honor de estas sectas, de estas diminutas avanzadillas, arrebatándoles los soldados de manera que los dirigentes ocupen el sitio que les corresponde. Y si esto no resulta del gusto de éste o aquél, que se retire. Esto no sucederá sin fricciones, pero antes de que transcurra mucho tiempo, el ejército proletario inglés, que está tan unido, organizado y decidido como cualquier otro, será acogido con gritos de alegría por todos sus camaradas del continente y América.

Edicions Internacionals Sedov  
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)